
Almas Decrépitas.

A FRANCISCO PRADO Y TAPIA.

El crudo invierno aquel con sus nevascas veló crestones de montañas, y el volcán con enorme solideo de nieve se me antojaba un viejo que secaba su canicie al calor de nubes rojas como carbones encendidos.

En medio de una loma inflada como vientre cinchado por innúmeras veredas y en la cual se suavizan escarpas de montes vecinos, está la complaciente hacienda que me acoge anualmente con su aire sombrío, indicándome con su seriedad, agradable disgusto por mi cara de fantaseador, que aun refleja deseos de dar nombres grotescos, raquítica vida y expresión risible á todo cuanto la rodea. Y apenas si hay motivo para ello!

La tal hacienda es un edificio ruinoso, sin portalada, de muros mal pintarrajeados á brochón, en cuyo frente pardo se

abren como pupilas legañosas dos ventanas desportilladas y un portón hecho trizas; todo cubierto con ceniza techumbre salpicada de jaramagos, me da idea de mendigo envuelto en abrigo remendado y saliéndole cabellos cerriles por las ventanillas del chambergo ladeado.

El interior es un poquillo más pintoresco. Se miran desde la escalera quejumbrosa por senecta, hacinas de zacate, el pozo de brocal derruido donde las palomas se platican, un solado de ladrillos que forma la era, dos graneros y hediendo lamedal que sirve de colchón á los perros lambrijas tumbados al desgaire.

Animan el corral, mugir de vacas de ojos enigmáticos; traqueteo de carros, desuncir de bueyes sitibundos, revolotear de gallos y patos y las mismas golondrinas con su agridulce chirlear, como si rechinasen agrios dientes que no tienen ó masticasen hule, suponiendo que tuvieran.

Por doquiera, montes chaparretes tupidos á trechos, á trechos tiñosos y hacia el sur lomeríos y trigales dorados que relampaguean si ráfagas silbosas los rizan; allá, verdes magueyales como haces glaucos de banderas verdes recogidas, y lejos, muy lejos, el sinuoso arroyuelo brillando igual que una tira quebrada de vidrio.

¡Vaya si he pasado días felices! Cacerías al Xuxtepetl, hollando embutidos y blondas de hielo; rústicos almuerzos á orillas de la puente que monta abismos pavorosos enjutando trago á trago la bota

de agua fresca; veladas en cualquiera choza humilde rasgueando la guitarra tan rota y agujereada, que se duda si apuñalearon su caja, ó indiferentemente contemplando la inocencia de los niños que en curiosas posturas se van quedando dormidos al amor de la chisposa lumbre avivada por brisas que se cuelan por resquicios de puertas. ¡Que si he pasado días felices!

Y si á esto se agrega el cariño de Don Nachito el Administrador y el que profeso á Julián, hijo de un labriego, se comprenderán mis alegrones cuando las panojas resecas cuelgan, árboles y prados amarillean y los nevados peñascos del cerro parecen garzas inmóviles.

Es Don Nachito bajo de cuerpo, de pupilas brillantes, fruncido entrecejo—aprieta en cada surco un pensamiento—cabello gris, algo instruido y capaz de soltarle un sofión á nuestro Padre Jesús de Villahelada.

¡Quién habla de su carácter!

Jinete amañado en potro zafino, da gusto verle correr tras la res indómita mientras el aire silba escurriéndose por los remos de la bestia detenida en brusca sofrenada. Solamente cuando caballos y vacas no muestran pelajes lustrosos de puro limpios ó cuando el travieso Julián lapida golondrinas errantes ¡válgame la Virgen Santa! ¡qué cosas dice por esa boca delgada y lívida!... Y quien más le irrita es Julián con su tarea destructora. Ten-

drá diez años el apicarado chiquillo, feúcho, de ojazos chisperos y cabello rubio. Indumentaria. . . . por único vestido raborosa camisa llena de raeduras que deja orear su estómago brillante como una odre untada de mucilago. Sus travesuras le han hecho famoso.

Y ¡qué travesuras!

Ayer fumaba yo sentado en la era, y al ver á Don Nachito cabiztuerto y distraído, le pregunté:

—¿Por qué tan triste, está enfermo?

—Ya me cargó el asunto—dijo ambigualmente.

—¿Cuál?—volví á preguntar con cierta curiosidad.

—Verá. Le voy á contar esto para que se forme cabal concepto mío.

—¡Si será U.d. salteador!—exclamé sonriendo.

—Cállese y oiga: En Noviembre—ya lo ha visto—vienen cuadrillas de trabajadores de ambos sexos. Bueno, pues con ellos vino María Antonia. Quizás comprendió que me gustaba, porque con cualquier pretexto reía conmigo; le acariciaba las mejillas, y á reír otra vez. ¡Para qué fastidiarlo! María Antonia tuvo un hijo mío que no ví nacer, y hasta entonces ¡hasta entonces! comprendí las burlas que caerían sobre mí; el enojo de los dueños que huérfano me acrianzaron, y tantas cosas, que aturdido y confuso fuí á decir á María Antonia: Mira, no soy malo; pero quieren

correrme los patronos que ya supieron esto y quitarte a mi hijo luego que nazca. ¿Comprendes? Quitarnos á nuestro hijo. Te buscaré. . . . véte hoy mismo y. . . . no vuelvas, ¿oyes?

Y salí del cuartucho ahumado sin ver su rostro, ni sus lágrimas que brotaron y no cayeron de sus ojos. ¡Ah, cómo he pagado esta infamia!

Yo la ví tomar el camino que se borra- ba y me parecían los árboles y los postes colosales crucifijos. Quise ir á detenerla, no pude, la cubrió un recodo del camino; subí al techo, y cuando la perdí para siempre, lloré amargamente porque se llevaba al único ser que podría quererme!

Detúvose un momento y prosiguió: ¡Si supiera mis dolores de aquella noche! Cansado de pensar, me dormí; soñé que mis padres—á quienes casi no recuerdo— me conducían silenciosamente á un llano larguísimo; allí nos sentamos, me dormí, y al despertar no estaban ellos. ¡Qué horrible! Abandonado, mi corazón les amaba. Empecé á gritar, y al tender mi vista en aquel arenoso desierto, ví á mis padres que arrepentidos volvían corriendo hacia mí. Acortábase la distancia, los distinguía con claridad; entonces el llano se fué inclinando hasta ser una ladera resbaladiza. ¡Qué angustia! Se aferraban á los débiles matojos, hundían sus báculos en la tierra durísima. y de

veras desperté cuando sentía impulsos de rodarme por la escarpa.

Me arrepentí—prosiguió—me arrepentí, y al amanecer, sin que nadie me hubiera oído, emprendí el camino al pueblo cercano. ¡Qué miedo tuve al oír los ecos de mis pasos rebotar en paredes y callejuelas poco á poco, debilitándose como el sonido de una cuerda elástica constantemente vibrando y restirada más y más. En todas las posadas pregunté por ella. Nadie la había visto. Me dijo alguien: abandonó el pueblo hace poco; fui al otro pueblo—aquél, mire, allá—no supieron darme razón. Diez años, diez años y ni un día he olvidado mi crueldad. ¿Vivirá mi hijo? ¿Morirá ella? ¡Dios sabe!

Siguió lamentándose; de pronto ¡pum! el ruido del guijarro que lanzó Julián contra un nido de golondrinas. Oírlo Don Nachito, entrar y dar una soba de pezczones al muchacho, fué instantáneo. Quise ir á defenderle. La explicación de Isidoro, campesino á quien yo creía padre del pilluelo, me detuvo.

—Péguele patrón, péguele á ese maldito; al fin no es hijo mío. Mi prima María Antonia, que aquí estuvo hace muchos años, al morir le dejó á mi lado. ¡Quién sabe que padre sinvergüenza le daría vida á ese arrastrado!

—¡María Antonia, María Antonia! ¡Hijo mío!—gritó azogadamente Don Nachito.

Y como demente se puso á juntar guija-

ros que había cerca y poniéndolos á los pies del rapaz que aún sollozaba, le dijo primero fieramente y luego suave, muy suave:

—Toma, tírales á todas, á todas las golondrinas!



Almas Enfermas.

A PACO OLAGUIBEL.

Enyugados bueyes marchan lentamente por carriles arenosos y pésimos guijarales; mulas y vacas encobradas detrás de las yuntas á la dehesa caminan, y en el corral quedan solo verracos gruñones y un encrestado muleto huérfano; en trojes y techumbres galantes palomas epicúreas y en obscuras pesebreras, juntando estiércol y pajuz con pala, escobón y carretilla, ó arrollando lazos que sirvieron para embozalar novillos y toretes, el bisojo de Andrés.

Parece que sobre piedras y escarchado césped, miles de arañas tendieron sus hilos; la neblina corre allá muy lejos como soplada por fiero ventarrón, y en árboles y aleros derrochan gorriones parlanchines los trinos de su gorja. Rústicamente adornado el corredorzuelo; macetas con espuela de caballero, borraja para la tos,

yerbabuena, calabazas y ancho jaulón que hospeda mirlos y primavera. En polvoso rincón encellas, rejas de arado, hectólitros de madera llenos de tamo, y en las vigas cimborrios diminutos de golondrinas. Un burro entrepelado y canijo asusta á las gallinas soplando su ronco saxofón, y el cerdo quiebra maíz con tal dureza que finge comer pedrizco.

En la campiña color de cinabrio alegremente corretean remolinos de polvo que se buscan, se abrazan y forman uno solo gigantesco, semejando gruesa columna de humo que arroja colosal y enterrada chimenea; las yuntas partiendo surcos pausadamente cabecean y resoplan, sin fijarse en tordos negros y de gorjales amarillos que sobre sus lomos viajan ó se dejan caer á disputarse reventadas semillas de nabo exhumadas por las rejas limosas que de tarde en tarde limpian los gañanes con pellejinas de carnero. De juguete parecen carros y trabajadores; disminuyen á distancia como vistos por el ocular de unos gemelos. Campo y cielo barridos por ráfagas. Un quebrantahuesos pasa disparado como pinta birlocha sin hilo, que atentamente siguen los boyeros calculando en que lugar caerá; piérdese al fin, y ellos continúan haciendo girar su barrote de encino, ó dándose duros remoquetes. El mugir de la vaca rumiona y el roznido del muleto cerril, no cesan.

Amontona estiércol el bisojo Andrés;

compónese la camisa que aprisiona escábridos camaleones que le sacarán el aire metido en los pulmones y que ¡cachimba si no le molesta mucho amaneciendo! ¡Y los malditos respigones de los dedos por la chivata boñiga fresquecita! ¡Todo por no ver!

A las once, hora del revezo de yuntas. Guinchos clavados en las milpas simulan para-rayos. En las ramas de los pinos ponen las arañas cristalinos andamios; veloces golondrinas siguen las indecisas rodadas de caminos; titubean como recordando una fecha, y de pronto vuelven como á dar un encargo á las compañeras que construyen los niditos.

El empachado hijo de Andrés—Pascual—dedicado á empandar becerros montádoles á toda hora, llega buscando á su padre con un bieldo ruginoso, para decirle que junto á la cerca quiere salir un topo. Y va el viejo que apenas ve y encuentra que ya tapó la madriguera.

Todo el campo muestra idénticas señales. Una piedra grande, sustentando otra pequeña, indica que allí, aun cuando esté abierto el hoyo, el animal fué pinchado. De lejos fingen las señales polvorosos muchachos con las piernas dentro de la tierra y enseñando únicamente cabeza y panza.

Por la vereda que descende de la brusca loma, bajan Silvestre y Margarita de su rancho formado con ripias de hoyamel. Ella, denegrada, con arrugas en el rostro

como si por él hubiera pasado un rallo, zancajenta y sucia, pero de corazón de hostia; él, chaparrete, viejo y uñoso como un mago, pero tranquilo y dulce como bailar de ovejas. ¡Oh, Dios, qué corazones más blandos y fuertemente unidos como ramas que forman una horqueta! Van al pueblo.

Por aquel sendero de sauces, antaño aparecía sobre uñerado caballo Don Gabino Garduño, cuya memoria entre los habitantes de Villahelada vive cariñosamente oculta; por allá, con zapatones de gamuza, chaqueta de lona, peinado de espinazo y quitasol blanquísimo como enorme flor de chicalote, Don Eulogio Suárez—Chicago como le llamaba el señor mi padre por no sé que chascarrillo—arqueólogo, ñasastre y tan formidable tragón que al verle corren á esconderse las gallinas. Es el cofre viviente y perfumado de lo que fué. Y por allá, por el carril que huye y brinca entre sauces, el ladronzuelo Jefe Político—afortunadamente muerto ya—que convirtió mi puebluco en solitaria encrucijada é hizo de cada habitante un viajador.

El remolino aquel de polvo es ¡ah! el coche de Don José Nieto con su Eufrosina de catorce años!

El calor hace aflojar; húndense los novillos en repletas zanjas de berraza, gustan de embreñarse los corderos y cabras; entre yerbas que detiene la encañizada juegan boyeros, y grandes tordos que

custodian un charco, se bañan y envuélvense al chapuzón en velos de luz. A la resolana duermen los perros tumbados como borrachos.

Al borde musgoso de la era, Andrés se sienta á reposar la comida con su sombrero alón y gacho, pantalonerías de cuero, amodorrido y picado por verdes moscas que inútilmente tratan de despertarle. ¡Qué somnolencia! ¡Ni viento ni rumores! Con la fiambarrera de peltre vacía y una ristra de cebollas frescas vuelve, paso á paso, la indígena Dionisia que llevó de comer á D. Pachito, dueño del rancho. Lentamente y como queriendo dibujar contornos de cosas, el sol va derribando árboles, trojes y montañas sobre el suelo.

El campo va poblándose. Del enriscado cerro bajan rebaños albeantes; por las escarpas que al llano dan, vacadas panzudas; por las veredas, que fingen rastros de árboles que por allí resbalaron, yuntas y gañanes, y por caminos roqueros desvenecijados carretones que ásperamente traquetean.

Andrés ha llenado las piletas de agua lírpida con su tantico de alumbre para quitar á los animales la picazón y el resquemmo, producidos por yerbas silvestres. Llegan resongando toros de cabeza rufa, vacas de roseas ubres como gigantescas manos hinchadas, mulas de grandes quijales y rocines flacuchos. Suenan guinchos, cadenas, yugos y en la puerta sono-

ramente da toques de alarma el huérfano muleto. Con suavidad de sueño cae la tarde. Flagrantes astros, en Oriente parecen azaleas de oro, y otros que apuntan, van como mariposas de luz empujadas por vientos rábidos; quéjase la esquila del pueblo; en las chozas empieza el tejer y destejer de rondallas utópicas; en el aire vuela de huída un cántico y el miedo anda de puntillas en la penumbra. A las ocho duerme todo. Riñen visiones y perros en las sombras.

Andrés, junto á sangrientas lumbraradas, tuesta puñados de habas amarillas ó canturrea el muy lurio, mientras preparan la cena. En el rancho del patrón, asa Dionisia lonchas de carne, pone á hervir té-limón, en tanto que gatos levantiscos y escaldados, paso á paso, marchan como queriendo atrapar de un salto á la luna que tras el tejado finge mañosamente atisbar.

Duerme todo. ¡Ah, no! Andrés no duerme. ¡Odios muy grandes siente escarabajar dentro de su corazón, escurriduras calientes por el rostro, la boca espumajosa, reseco el gañote y algo que muerde sus riñones obligándole á encogerse mientras simula dormir! ¡Que ya comienza—dicen—á emborricarse, porque no saben de los hinchados escuerzos que saltan en su alma! ¡Erronía, mala voluntad, eso es todo! ¡Si supieran! Le duele fuertemente el pechazo como si grandes bueyes le hubieran dado un estrujón. El ca-

nalla lunanco de Isidoro le contó que uno de sus hijos no era suyo. ¡Canalla y muy canalla! Un mes para convencerte; si nada sabes, mátame! Y parece que broncíneos estoperoles sujetan esas palabras á su frente. ¡Así le dijo! ¡Hoy el último día!... ¡Ah! cochino de Isidoro, tú espaldado y yo estreñado..... pero te mataré!

Quería escupir y tragábase la saliva como sucia ligamaza. Es mentira! si nada le ha visto á Juana; hoy salió á enjear trapos en su batea. Nada le ha visto. ¡Aguárdate! hoy quejóse de la enfermedad que tuvo hace dos años; la misma edad del chico; pero.... Truena la estera y él continúa inmóvil, roncando. Sale Juana; le ha tocado la falda de bombasí que llevó al pueblo. Los tizonos duermen cobijados en cenizas. Suda, se ensordece; pero no.... estará enferma.... ya entrará. Limonado tiene el rostro como quien pasó la noche toda en lóbrega espelunca. Sale también. Nada! Apenas silban vientos lánguidos en los manchones que principian á herbecer. Todo negro; déjase caer de pronto y arrástrase como limaza. Silvestres clavelones exhalan hediondez. Hablan, sí, hablan. El cómplice viento trae palabras. Mano y arma están so!dadas por la cólera. Y sabe.... que no es suyo el chico.... que el chico es de Isidoro. Y brinca hecho un tigre, y.... súbitamente gran desánimo afloja sus dedos; está muy viejo; no ve ya; Nuestro Padre

Jesús de Villahelada sabrá castigar; y vuelve á rastras, déjase caer sintiendo en las mejillas escurriduras calientes y en el pechazo un dolor como si grandes bueyes le hubieran dado un estrujón!....



Epístola Simbólica.

AL DOCTOR URRUTIA.

La extraña desazón que á veces me domina, con cierta vaguedad amarga pone en mis labios las palabras de almíbar de aquel salmo: «¡Quién me diese alas como de paloma! ¡Volaría yo y descansaría!» Y más que los abanicos de plumas de las palomas, querría las adormideras de un gran sueño!

Ayer, en el crepúsculo de oro semejante á un relámpago detenido en el cielo milagrosamente, invadióme por tu culpa la fatiga más intensa. Inconscientemente contemplaba la quietud de los cenizos eucaliptos, y tú deteniendo el carruaje barnizado me viste con despectiva compasión. Tejiste doblegada las sedañas cintas de tus botinas de charol, y el velillo blanco de tu sombrero airoso antojábaseme tu aliento que se concretaba al respirar. Me insultabas casi por mi vestido demócrata

y la tristeza de mis pupilas vulgares. Olvidabas los altruismos de Spencer, que exigen hacer esfuerzos espontáneos en pró del bienestar de los demás.

Eres rica y admirada como las estatuillas egipcias, los collares de diamantes y las noches llenas de temblor de estrellas. Tienes el espíritu como las talladas repisas bizantinas que soportan marfiles envejecidos y lácteos alabastros. El mío tiene las resquebrajaduras de la rebelión, los riscos puntiagudos del anhelo y los socavones de las minas hulla que incuban las auroras.

¿Y á qué tu despectiva compasión, si no hice nada más que verte? Esa tu frivolidad me apena, porque á tu riqueza debes unir la sensatez. Furiosamente me desprecias, como si dulces mis miradas te dejaran hedores de turgorio, de tabaco detestable, de dinamita y de pólvora. No hay tal.

Ingresé á los batallones de la vida que defienden la justicia, y los hados en mi cuna se olvidaron de rellenarme los bolsillos con doblones. En las primeras batallas, todas las ballestas buscaron mi corazón, y comprendí que era arriesgadísimo guardarle, porque siendo de oro puro brillaba como el sol. Y entonces le llené de lodo; y siendo mi única riqueza, á pesar de las penurias no le he vendido aún. Comprendo que hago mal; pero... ¡qué quieres! la divergencia y variedad hacen la vida. No concibo á la torcaz lle-

na de espinas y á los rosales con plumas tornasoles.

Ya sé que te repugnan mis amores; por el campo y con repullos de disgusto escuchaste mis elogios por la fuerte raza del Norte, que tiene hombrazos como Roosevelt, cazador de morruecos cornudos bajo las ventiscas terribles, y dominador de pueblos con la serenidad de su alma primitiva, exenta de complicaciones y grietas como un trozo de pórvido durísimo.

En verdad no debes culparme, porque en la cuna me arrullaron las voces de los vientos libres. Por esto siento con intensidad febril el alma de la campiña, y me entusiasman las proezas sin alarde de los primeros pobladores del Kentucky. Es natural que tú, nacida entre encajes de Bruselas y punto de Inglaterra, en una cunita como una concha ó un caracol de espumas, y educada en la veneración del abolengo, no concibas sin espanto, cómo pudo el presidente de un gran pueblo dormir sobre boñigas, bajo la nieve soplada furiosamente por el viento y entre dos cow-boys cuerudos, mansos como elefantes y terribles como ellos.

Y no es como tú dices que haya olvidado el santoral patriótico; sino que en esto mismo nuestras opiniones difieren totalmente. Venero á Xicotencatl con su chimalli de plumas y sus tembleques de cobre; á Cuauhtemoc que sólo pudo caber en la patria hecho cenizas; á Tlahuicole que

hubiera vencido al gigante de Crotona, y á Nicolás Bravo que llenó de silencio á España entera. Tú idolatras al rubio Emperador cuya extraña fantasía le envejeció en unos meses como al dulce Pecopin, y sé que has llorado mucho porque una vez oíste en Veracruz, entre el retumbo de las olas que incansable y brutalmente se estrellan en el macizo malecón, una voz empapada en lágrimas que lloraba un infortunio en un lejano y poético castillo de Miramar.

Ya ves cómo á pesar de tu aristocracia presunta—pues tu sabes que esta es producto de senectas civilizaciones—tienes un corazón lleno de piedad y de virtud. La indignación te pone roja cuando sencillamente ataviada y dominadora pasa junto al ágil automóvil que te acoge una bella mujer cuyo nombre no has leído en los carnets de los suntuosos bailes á que concurre. Y la desprecias brutalmente, como si delito fuera ser honrada, vivir en humilde habitación, respetar y unirse á su marido para sumar sus fuerzas y ser en caso dado Carlota Corday ó Juana de Arco.

Te ríes de su sombrero sencillo y de su vestido burdo, con la vanidad de tu cabecita divina; y frunces el radioso ceño cuando por las barriadas pasas, sin fijarte en la inutilidad de tu vida murmuradora, prisionera en la turris ebúrnea de tus preocupaciones, venerando á tus parientes que rezan el rosario y tienen hi-

jos bastardos que viven en la miseria. Te enojas por mi sentir plebeyo, no adivinando que soy capaz de amarte tiernamente, ya que privado de afectos he recorrido las calles erizadas de dolores en las noches tempestuosas y en las madrugadas sombrías. Te irritas cuando la admiración me vuelve mudo viendo el sol que se hunde como una inmensa flor de oro; cuando los follajes poblados de leyendas palpitan y susurran, y cuando en el corro de tus lujosas amiguitas estoy más torpe que un aguilucho que anduviera sobre arena ó una tortuga que quisiera levantar el vuelo.

No puedo discutir acerca de la fealdad de las prendas de vestir, é ignoro si es mejor usar un fuste que un látigo con balas. No maldigas mis afectos; aplaudo los amores del Norte, porque son intensos y tranquilos, y naturales como las auroras diarias; blancos como un pedazo de mármol en la obscuridad como en el día.

Los convencionalismos irracionales me desesperan. ¡Cuántas fatigas y dolores íntimos para sostener una posición muchas veces falsa! ¿Para qué? Ya tus fastidios denuncian la verdad de mis asertos; abandona tus estufas y ven á mi corazón. Te aguardo sin ataviarme, porque no tengo varias prendas: humildemente, como soy!

